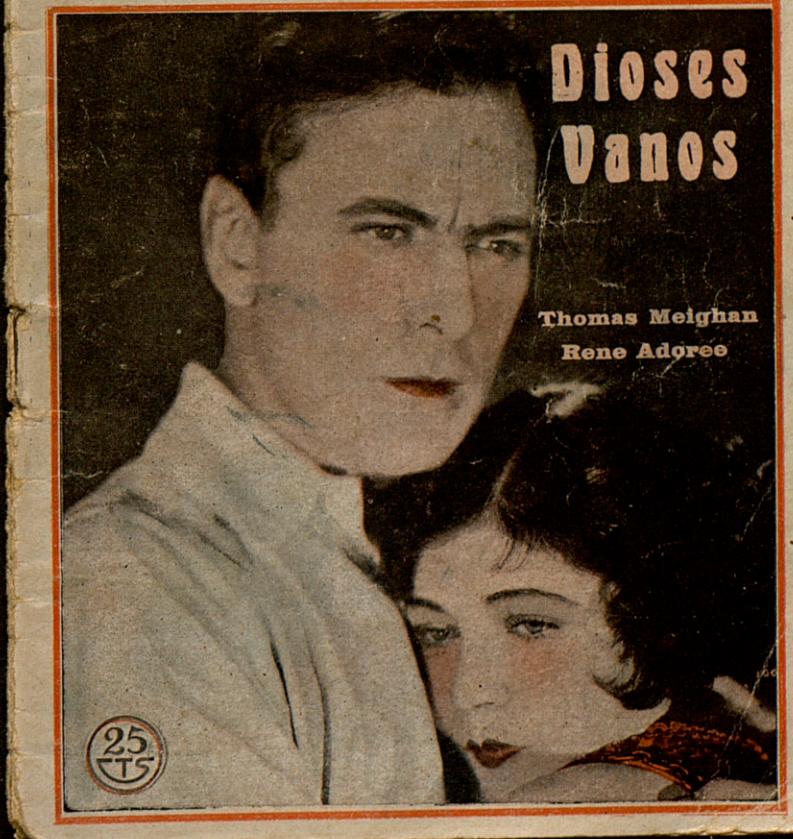




Dioses Vanos

Thomas Meighan
Rene Adoree



25
TS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de películas
de la marca

Núm.

PARAMOUNT

25

6

EDICIONES BISTAGNE

Cts.

LAYETANA, 12

BARCELONA

TIN GODS 1926

DIOSSES VANOS

Precioso drama interpretado por los célebres
artistas

THOMAS MEIGHAN, RENÉE ADORÉE, AILEEN
PRINGLE, etc.

Es una Producción PARAMOUNT

EXCLUSIVA DE

Paramount Films, S. A.



J. HORTA. IMPRESOR
CORTES, 719 - BARCELONA

Dioses Vagos

Argumento de la película

El ingeniero Rogelio Drake acababa de contraer matrimonio con Janet Stone, una mujer que unía a su espléndida belleza una profunda cultura intelectual.

Dedicada a escribir en los periódicos, a dar conferencias, su existencia se había deslizado en la plena actividad de una vida literaria y política. Era conocida en muchos Círculos y Clubs como oradora de estilo fácil y de elegante ademán.

Los novios realizaron su viaje de bodas, a la vuelta del cual se instalaron en la casa que ella había heredado de su padre, el senador Stone. Aunque Drake hubiera preferido un hogar propio, nuevo y creado para ellos, tuvo que resignarse a la voluntad de su esposa.

La misma mañana en que tomaron posesión de la finca, dispuestos ya a vivir una vida normal, Janet telefoneó al director de cierta revista literaria.

—¿Cosmopolitan Magazine?

El director se puso al aparato, y la señora habló:

—Señor Long, soy yo... Janet Stone; mis vacaciones han terminado y ahora volveré a trabajar con ahínco.

—Lo celebro, señora. Los lectores encontraban ya a faltar su prestigiosa firma.

Ella dejó el teléfono y dijo a su marido que había escuchado la conversación:

—Tengo verdaderos deseos de escribir... de hacer una obra grande.

El sonrió. ¡No le agradaban demasiado estos deseos de su mujer!

—¡Qué feliz me siento al verme en esta casa donde ha transcurrido casi toda mi vida! —siguió diciendo Janet—. Aquí trabajaré de firme y me haré célebre en el mundo.

—Pues a mí no me satisface mucho tener que vivir en tu casa.

—¿Por qué? Tienes unas hermosas habitaciones donde podrás delinear tus puentes. ¿No te gusta mi casa?

—Sí, pero ya verás la que yo te edificaré algún día... con mi trabajo. Será todavía mejor...

Pero antes de que pudiera edificar su casa, al cabo de un año, nació un heredero de los Drake.

Era un chiquillo rollizo, fuerte, que llenó de alegría a los esposos, pero de un modo especial al ingeniero.

El niño tenía un peso superior al ordinario. ¡Un maravilloso bebé! Viviría mucho, sería un heredero robusto del tronco de los Drake!

Unos días después del nacimiento del niño, Drake se hallaba al lado de su mujer que se encontraba aún en cama.

—Haz el favor de llevarte al niño —dijo Janet—. Entre tú y él absorbéis mi tiempo de una manera atroz.

La señora, sentándose en la cama, comenzó a escribir unas cuartillas... Con el nacimiento de su hijo

había tenido que interrumpir por unos días su cotidiana colaboración en los periódicos, y ahora quería recuperar el tiempo.

—Pero, mujer. ¡Trabajar tan pronto!... Espera siquiera unos días...



...ya verás la que yo te edificaré algún día... con mi trabajo.

—Déjame estar. Escribir es toda mi vida. Si no escribo me pondré enferma.

—Escríbe, pues, lo que te parezca.

Y, cogiendo a Billy, el muñeco de carne, salió de la alcoba.

Drake había ido comprendiendo durante el primer año de matrimonio que su mujer no era una criatura de hogar como él la creyó al principio, sino una dama que estaba el menos tiempo posible en su casa, sin

otro ideal que el de sentir junto a ella el aliento de la admiración general.

Y el ingeniero, hombre de números, hubiera deseado por contraste, una mujer toda corazón. Pero, aunque ella era seca de alma, Drake le estaba enormemente agradecido por haberle dado un hijo, un heredero que perpetuaría su nombre.

Llevaba Janet algún tiempo escribiendo cuando llegó el doctor MacColl, antiguo amigo de la familia.

—No entres, porque no te recibirá. Está hablando con las Musas—dijo Drake.

—Entraré un momento.

El médico penetró en la habitación de la dama encontrando a ésta en plena inspiración.

—Doctor... se lo ruego... no me visite hoy... ¡Tengo tanto que hacer!

—Es más importante la visita del doctor que sus escritos, señora. La mejor obra de una mujer es su hijo.

—He cumplido con mi deber—dijo Janet, lentamente—. Le he dado un hijo a Drake y ahora voy a trabajar a mi gusto.

—Veamos antes si está usted ya bien...

El doctor reconoció a la enferma dictaminando que se encontraba ya fuera de todo peligro.

—¡Admirable! ¡Todo marcha! ¡Y ahora a vivir para su hijo!

—Sí, para mi hijo y para mi ideal—dijo la señora con una sonrisa forzada.

Y le tendió la mano para volver a enfascarse en sus artículos de fondo.

El doctor se dispidió de ella y de su marido para quien la vida tenía un nuevo color. Era padre... su trabajo ya tendría una estela profunda. Surgía, gi-

gantesca y bella, la diosa ambición... Tenía que ser rico para que lo fuese su pequeño.

Y así pasaron tres años. El ingeniero estaba tan absorto con su hijo que no se daba cuenta del egoísmo de su mujer.

Janet vivía únicamente para sus "cosas", la tertulia entre intelectuales, sus ambiciones políticas. En cuanto a la misión maternal la consideraba cumplida dando unos largos y exagerados besos a su hijo antes de acostarse.

—Voy a presentar mi candidatura para concejal del Ayuntamiento—dijo un día a su esposo.

El la miró con un disgusto que no podía ocultar.

—Janet, yo creo que el porvenir de nuestro hijo merece que nos preocupemos seriamente de él. Tengo un contrato para edificar un gran puente en la América del Sur. ¿Qué te parece si aceptase? Podría ser mi fortuna...

—No es posible—respondió la esposa fríamente—. No podemos marchar de Nueva York; ahora sería fatal para mi carrera. No puedo perder la oportunidad que me han brindado con mi candidatura.

—Pero allí tendré ocasión de hacer una obra que me hará muy rico.

—¿Por qué no edificas tus puentes aquí? Además, yo soy bastante rica para los dos. Tú no debes preocuparte...

El guardó un momento de silencio y luego prosiguió:

—Querida Janet: durante tres años he rechazado todas las ofertas que me han hecho, sacrificándome por tus ambiciones. ¿No quieres tú ayudarme ahora?

A Janet le pareció que su marido estaba disgustado y quiso calmarle:

—Claro... que quiero ayudarte.

—Pues entonces, podremos salir cuanto antes, ¿no? Ella, con una perfidia extraña, agregó:

—Yo iría de buena gana. Me sacrificaría por ti, yo soy lo de menos. Pero no nos podemos llevar al niño a Sudamérica. A su edad un cambio de clima le podría ser fatal.

Con la excusa de su hijo ella evitaba de este modo el abandonar Nueva York.

Drake bajó la cabeza. ¡Tal vez ella tenía razón! Y salió lentamente, diciéndose si estaba destinado toda la vida a ser un hombre anónimo, condenado a recoger únicamente las obras de la gloria de su mujer.

El ingeniero fué al cuarto de Billy donde el muchacho, que había heredado de su padre su amor por la ingeniería, quería construir con varias piezas sueltas un puente de hierro.

—Mamá dice que el puente es demasiado grande, para que yo pueda jugar con él—le dijo el niño.

El ingeniero sonrió amargamente. Su mujer desdibujaba la profesión de él, considerándola un obstáculo. Y hasta le privaba a su hijo de entretenérse en los juegos mecánicos.

Drake ayudó su niño a construir el puente. Y hubo momentos en que pensó que aquél sería el único puente que construiría en su vida. Pero, no...

—Algún día, hijo mío, edificaremos uno de verdad—dijo.

Y suspiró pensando en la alegría de realizar grandes obras.

Comprendía que había errado su vida al casarse con Janet. Esta mujer vivía únicamente para satisfacer sus caprichos y era adoradora de los vanos dioses que son el orgullo, la vanidad y el triunfo social.

Janet fué elegida para ocupar uno de los puestos en el Municipio de la ciudad y su casa se convirtió

desde aquel momento en punto de reunión de multitud de políticos.

Dejaba a su hijo en manos mercenarias y ella vivía solamente por su ambición política.

Cierto día varios amigos de su esposa se hallaban jugando a los naipes en una salita de la casa, en espera de que Janet bajase a la reunión. Drake acertó a pasar por allí, y el señor Dougherty, un político influyente, le llamó y le dijo:

—Venga, Drake, juegue un poco con nosotros.

—No, gracias—respondió el ingeniero con sequedad—. No es cosa que me satisfaga.

—En cambio, su señora es una entusiasta del “poker”...

—¡Oh, mi mujer!—dijo Drake—. Tal vez se exceda un poco en sus cosas...

—¿Por qué se preocupa? No es posible cambiar la manera de ser de su esposa.

Drake miró altivamente a aquel individuo que se atrevía a hablar de Janet. Y le volvió la espalda con un gesto de marcado desprecio.

—No veo por qué motivo se enfada usted—dijo Dougherty—. Todos sabemos que durante tres años ha vivido usted gracias a la fortuna de su mujer. ¿Puede negarlo?

—¡Es usted el peor de los miserables!—rugió el ingeniero.

Y propinó un soberbio bofetón al insolente. Algunos amigos acudieron a impedir que la cosa fuera a mayores; bajó Janet y al enterarse de lo ocurrido no pudo reprimir un hondo disgusto.

Luego, por la noche, rerimió a su marido:

—¿Cómo te atreves a insultar y a pegar al señor Dougherty?

—¿Cómo se atreve Dougherty a insultarme a mí?

—Dougherty es mi amigo—dijo ella mirando desdenosamente a Drake—, y me conviene mucho que siga siéndolo. Y a pesar de ello tú le insultas en mi casa.

Y recalcó esta palabra, para que el otro no olvidase aquel indiscutible derecho de propiedad.

—Sí, ya sé que ésta es tu casa—le respondió con ironía.

—¡Eres insopportable!—dijo ella.

Y se encerró en su despacho para acabar unos artículos sobre “El deber maternal”, mientras el ingeniero iba al cuartito de su hijo a besar al pequeño que dormía un dulce sueño reparador.

Aquel incidente hizo más tirantes en lo sucesivo las relaciones entre los esposos.



No satisfecha con su primer éxito político, Janet empezó una nueva campaña para las elecciones al Senado.

Aspiraba a un puesto de senadora para calmar su ilimitado orgullo.

Cierta noche se habían congregado en su casa numerosas amistades políticas, para escuchar un discurso que desde el micrófono, instalado en su propio hogar, Janet dirigía a todos los electores del país.

Janet, con las cuartillas en la mano iba ya a comenzar a hablar ante el micrófono cuando entró en el salón el pequeño Billy.

El niño abrazó a su madre y ésta con fingido interés le besó rogando a una doncella que lo encerrase en el cuarto.

Uno de los directores de la campaña política dijo ante el micrófono:

—Un momento, señores... El hijo de nuestra candidata, acaba de entrar en el salón, y tal vez nos diga algunas palabras.

Para satisfacer su vanidad, Janet cogió a su hijo y le obligó a dar las buenas noches al mundo desde el aparato receptor. Luego ordenó fuese conducido a su habitación.

Y ella empezó su conferencia.

Hablabía con lentitud, con una emoción fingida que cautivaba:

“El principal deber de toda mujer no es hacia ella, sino hacia su familia y su patria... El amor, que hace que nuestros hogares sean felices, es lo que necesitamos hoy en la política... Nuestros hijos necesitan protección... y ¿quién mejor que las madres pueden legislar, siendo ellas quienes dedican toda su existencia al gobierno de su casa y al cuidado de sus hijos?”

Escuchándola, todo el mundo hubiese creído que la oradora era un modelo maternal, un ejemplo digno de ser imitado. Y no sabían cómo tenía abandonado su hogar, la indiferencia con que trataba a su hijito.

Y, mientras ella hablaba, el pequeño estaba encerrado en su habitación, protestando contra la soledad en que le tenían.

Billy, furioso por verse recluído, abrió la ventana y se asomó a ella.

El señor Drake había llegado con su amigo el doctor Maccol, en un automóvil, ante la verja del jardín en espera que el portero le abriese como de costumbre.

Pero esta vez el humilde servidor se acercó a él con ademán compungido:

—Usted perdone, señor Drake, pero no puedo abrir

la verja. La señora dijo que el ruido del motor la molestaría.

Drake sonrió amargamente... ¡Y que él debiese ceder siempre a las exigencias estúpidas de su mujer!

¡Oh, qué ganas tenía de que todo acabase de una vez!

Dejó el *auto* y entró a pie por el jardín, acompañada del doctor.

Billy le había visto desde la ventana y le saludaba con sus manecitas nerviosas, ansiosas de un cariño que la madre no sabía darle. Se abalanzaba de tal modo sobre el vacío que Drake tembló, sobresaltado por un presentimiento triste.

—¡Cuidado, hijo mío, retírate!—le gritaba.

Pero el niño cada vez más alegre por ver a papá, perdió el equilibrio y su cuerpo cayó pesadamente, estrellándose contra la arena del jardín.

Un grito estremecedor surgió de la garganta del ingeniero. Corrió junto al niño, y el médico y él lo levantaron y transportaron a su cuarto.

—¡Vive... vive,—preguntaba el padre, aterrador.

El médico examinó al pequeñín y levantó el rostro con la amargura de la impotencia.

¡El niño estaba muerto! ¡El pequeño ángel, la única ilusión de la vida de Drake, ya no existía!... Y el ingeniero lloró, lloró dolorosamente, mientras allá cerca su mujer seguía recibiendo felicitaciones por su humanitario discurso.

Un gesto de odio se dibujó en los labios de Drake. ¡Ella, su esposa, tenía indirectamente la culpa de lo sucedido! Si tuviera más cuidado del niño, si lo hubiese vigilado como era su deber, no habría ocurrido la desgracia!... ¡Ah, la maldita política, cómo la odiaba el ingeniero!

Aquella noche, poco después de haberse ido los

últimos invitados, Janet conoció por boca de su marido la terrible verdad.

—¡Mi pobre hijito!—gimió la madre.

Y corrió a abrazar los restos del pequeño, a llorar con hondo desconsuelo por él, retorciéndose con una pena trágica.

—¡Hijo mío... hijo mío!...

Ante su terrible dolor, Drake no se atrevió a acusarla de aquella muerte. Sí, si ella se hubiera cuidado más del nene, tal vez no habría sucedido la desgracia. Pero un gesto de dignidad le detuvo en su acusación. La vió sufrir junto al cadáver de su hijo y lloró con ella la pérdida del pequeño sér.

Pero unos días más tarde, se secaron repentinamente las lágrimas de Janet. Nuevamente la cuestión electoral la preocupó, embargando todos sus pensamientos. Y ya no habló más del hijo desaparecido para dedicar todas sus actividades a la aspiración de su cargo de senadora.

Drake mantenía en su corazón el culto al muerto, y la nueva indiferencia de la esposa ante la desgracia acabó por separarle con una barrera infranqueable de ella.

Janet seguía recibiendo visitas políticas, celebrando reuniones en su propia casa, y estas entrevistas en que reinaba la ambición le parecían a Drake una profanación del nombre de su hijo.

Cierta tarde, al llegar a su casa, Drake vió en los salones a casi un centenar de personas que aguardaban la llegada de Janet...

—¿Más amigos políticos?—preguntó al criado.

—Me parece que sí, señor...

—¡Qué asco!

Drake se dirigió al salón y gritó con cortante palabra a los que esperaban:

—Siento mucho tener que decirles que mi esposa no les podrá recibir hoy. Espero que la dispensarán.

Los concurrentes fueron saliendo, extrañados de la noticia. ¡Era extraño! ¡Con el interés con que todos esperaban la reunión!

Satisfecho por haber obligado a marchar a aquella turba de gente poco interesante, Drake se dirigió a la habitación de su esposa:

—Ya no te espera nadie. Por fin, tendrás un día tranquilo.

—¿Por qué dices esto?

—Porque les despaché a todos.

—¿Cómo te has atrevido a despachar a mis amigos?—dijo en el colmo de la indignación, sin poder comprender realmente la audacia de Drake.

El habló, contristado:

—No puedo explicarme tu conducta, Janet; ¿no te das cuenta de que apenas hace un mes que ha muerto nuestro hijo?

—¿Por qué me recuerdas ahora a mi hijo?

—No pensé que te disgustase su evocación.

Ella estaba furiosa.

—Has escogido el momento oportuno para venir a molestarme — rugió—; no quiero saber de ti, y te participo que no pienso volverte a ver en mi vida.

Se levantó y salió de la alcoba, murmurando palabras contra su marido.

—¿Quieres que me marche?—rugió él—. ¡Bien... perfectamente! No tendrás que repetírmelo otra vez... ¡Estoy harto de ti y de esta casa! ¡Todo fuera, lejos... tan lejos como sea posible!

Y aquella misma noche el ingeniero Drake ya no durmió en casa.



El proyecto de construcción de un puente de hierro en un país de la América del Sur, ofreció al joven ingeniero excelente ocasión de alejarse de los lugares de su desgracia.



—¿Cómo te has atrevido a despachar a mis amigos?

Los primeros meses trabajó con entusiasmo y fe en la construcción del puente, aunque llevaba muy honda la herida de su dolor. El fracaso de su vida matrimonial y el recuerdo de su hijo eran dos cosas que no podía apartar de su alma.

Encontrándose forastero en una tierra triste, alejado de todo núcleo urbano y donde había como única

distracción un tabernucho, pronto el tedio por la vida, el fastidio por el porvenir, le agarrotaron haciéndole olvidar su deber.

Y sin tener que trabajar ni luchar para nadie que le quisiera de veras, el ingeniero Drake buscó en el vino el olvido de su dolor.

Comenzó a abandonar los asuntos de la construcción, languideciendo horas y horas ante su mesa de trabajo, apurando las copas de whisky, o sentado en un rincón de la taberna de Toni, el sitio que había elegido para olvidar la pena que torturaba su corazón...

Los empleados comentaban una tarde con tristeza la actitud cada día menos recomendable del ingeniero.

—No se pueden edificar puentes sobre ésto—decían, viendo las botellas de vino sobre su mesa cubierta de planos.

—Supongo que estará como siempre en casa de Toni... es inútil esperar que regrese hoy...—dijo un empleado.

—Se ve que ha pasado algún disgusto grande..., pues la construcción de puentes es lo que menos le preocupa:

El ingeniero se encontraba, naturalmente, en la taberna de Toni. Toni era un alegre sujeto que vivía gracias a la sed de sus clientes. Sentía por Drake la simpatía que inspiran los parroquianos asiduos.

Carita, una hermosa muchacha, era una de las camareras de la taberna que alegraba con sus risas y su guitarra la monótona vida de los obreros.

Toni se sentía atraído hacia la linda muchacha, que, en medio de aquel ambiente, conservaba el culto de su honradez.

—¿Por qué no le haces caso a Toni? El puede

comprarte hermosos trajes... y llevarte a lindos sitios...—le decía el tabernero.

—Estoy bien aquí y no ambiciono lo que no tengo— respondió Carita.



Carita, una hermosa muchacha...

Carita parecía muy interesada por el ingeniero, siempre taciturno y triste en un rincón.

Cierto día se acercó a él, rasgueando las cuerdas de una guitarra y entonando una alegre canción del país.

Drake le volvió la espalda, no queriendo tratos con la gente.

—¿No le interesan las mujeres, patroncito?

El no contestó y apuró unos últimos dedos de whisky.

—Usted prefiere el whisky, ¿eh?

—Anda, déjame en paz... no tengo deseos de conversación...

La muchacha, una belleza soberbia, le miró interesada por aquella tristeza que se reflejaba en los ojos de Drake, y luego, viendo agrupados a unos cuantos hombres alrededor de una mesa de juego, dijo.

—Déle un dólar a Carita, patrón.

El se lo entregó y la camarera tuvo suerte en el juego. Acababa de ganar una buena cantidad cuya mitad entregó luego al ingeniero:

—Estamos en paz, patroncito... Esto le corresponde...

Drake guardó el dinero y abandonó la taberna. Estaba medio borracho. Carita le miró con inmensa piedad. ¡Pobre hombre; algún oculto dolor iba minando su existencia!... Y parecía bueno a pesar de su aparente embrutecimiento; sus ojos tenían un destello de inteligencia, de lealtad... ¡Qué lástima de vida!

Cuando Drake regresó a su oficina en vano quiso ponerse a trabajar en los planos. El trabajo iba muy atrasado, estaban casi paralizadas las obras, faltas de dirección, y los empleados comentaban la extraña manera de obrar del ingeniero.

—Será mejor que deje la bebida, señor—le indicó respetuosamente su segundo—. Hombres más fuertes que usted han sucumbido por ella.

—A mí me pasaría lo contrario. Moriría, si no pudiese beber...

Y mantenía en constante inactividad, atormentada la imaginación por el recuerdo de su hijito muerto y la frialdad del corazón de Janet... ¡Cómo había equivocado su vida!

Como es natural, las cosas no podían continuar indefinidamente y cierto día se recibió un telegrama de la casa constructora ordenando que las obras del puente se activaran con urgencia, pues comenzaba a impacientarles la extraña lentitud.

Esta noticia la recibió fríamente el ingeniero:

—Si me necesitan para algo me encontrarán en la casa de Toni. Ya trabajaré otro día—dijo con la mayor indiferencia a los empleados y obreros.

Y allá fué a beber como siempre...

Unos días después... llegó una fecha temida... El aniversario de la muerte de su hijo.

Pasó el día en la taberna, bebiendo todos los demonios del alcohol que luego parecieron morder con lengüas de fuego sus entrañas.

Era ya muy tarde y en la taberna quedaba poca gente. Detrás del mostrador Toni quiso besar a Carita, pero ella huyó buscando instintivamente una defensa en el ingeniero.

Drake, casi inconsciente, levantóse en dirección a Toni y éste, creyendo que aquel hombre iba a atacarle, le apuntó con un revólver:

—Dispare, hombre... así me ahorrará usted trabajo—gimió Drake.

El otro bajó el arma mirándole con desdén.

—Bueno, ¿por qué no dispara? ¿No sabe que quiero morir?—agregó el ingeniero.

—No he matado aún a gente indefensa—dijo el tabernero.

Carita observaba la actitud de Drake. De pronto, éste pareció tambalearse, empalidecer, y cayó rodando en tierra.

—¡Dios mío!—murmuró la joven acercándose a él—, su frente arde... Tiene fiebre...

—Hay que sacarle de aquí—ordenó el tabernero que no quería tratos con la justicia.

Unos hombres le llevaron a su casa, acompañados de Carita que quiso seguirle a pesar de la oposición de Toni.

Llamado un médico diagnosticó una grave dolencia:

—Parece fiebre amarilla—dijo—. Es enfermedad muy contagiosa... ¿Quién se va a encargar de cuidarle?

Todos callaron...

—Es una tarea peligrosísima y será difícil encontrar quien quiera desempeñarla—siguió diciendo el doctor.

—Lé cuidaré yo... yo sola—dijo en un arranque generoso la muchacha.

Y, aunque Toni protestó después contra la peligrosa determinación, no consiguió hacerla cejar en su propósito.

Y ella misma se instaló en la habitación del ingeniero y le atendió y cuidó con sus exquisitas manos de enfermera.

Drake le interesaba. Su embriaguez, su ardor de vino, no era vulgar, sino que ocultaba un deseo de olvidar algo muy cruel. ¡Ella deseaba que resplandeciese de nuevo la vida en sus ojos!

La dolencia, aunque grave y penosa, pasó... y otra vez Drake estuvo fuera de peligro. Y, al volver a la realidad de la vida, se encontró con aquella joven que le había cuidado tan amorosamente, con ternuras de esposa y madre...

—Gracias, Carita, gracias... tú no debías haber hecho esto por mí—le dijo.

—Entonces... ¿quién le hubiera cuidado? Para estos casos las manos de mujer son preferibles a las del hombre...



—¡Le cuidaré yo... yo sola!

Un sentimiento de gratitud se alzó en el corazón de Drake. Y en los días de convalecencia que siguieron pareció encontrar de nuevo cierto gusto especial a su antigua vida de dignidad y de fortaleza.

El médico le dijo un día:

—Bravo, Drake, muy pronto estará usted completamente curado y deberá usted la salud a los cuidados de esta muchacha.

—Lo sé, doctor...

Y ella no le devolvió únicamente la salud sino que con sus palabras, le hizo gustar de nuevo el cariño por el trabajo.

Examinando los planos que tenía él sobre una mesa, Carita dijo:

—Debe ser admirable poder edificar estos grandes puentes. Me gustará mucho verle trabajar de nuevo.

—Sí, trabajaré... volveré a ser el que era en mis tiempos optimistas. Tú me has dado una inyección de energía.

Unos días después, Drake se reintegraba al trabajo, cuyas obras habían ido hasta entonces con excesiva lentitud.

Los empleados y obreros vieron en Drake a otro hombre. Comenzó a dar órdenes atinadas, precisas medidas, para que se ganase el tiempo miserablemente perdido.

Carita estaba encantada por aquel cambio en el carácter del ingeniero. Y Drake encontraba en la presencia de la linda muchacha que tanto se interesaba por él, una fuerza que le hacía reconquistar otra vez sus alientos.

—Eres una gran muchacha, Carita, y te quiero mucho.

Ella le habló un día con cierta tristeza:

—Ahora que ya está usted bien del todo, debo volver a la taberna de Toni.

—¡No..., allí no!—dijo él.

—Pues ¿dónde debo ir?

—Puedes quedarte aquí para cuidar la casa...

Ella, que en silencio comenzaba a sentir por el ingeniero un gran amor, aceptó alegramente la proposición de su amigo. Y Drake se sintió más contento que nunca, porque tenía por primera vez en su vida, una verdadera mujer en su hogar.

Y, con el ánimo sereno y reconquistada la fe en sí mismo, Drake era nuevamente el gran constructor, y el puente parecía crecer bajo su mirada.

**

A medida que pasaban los días, Drake iba viendo que en su alma se operaba una inmensa transformación. Apenas recordaba a Janet, si no era para maldecir su nombre. Y su alma se abría al aliento de un nuevo cariño, de otro amor, bondadoso y amable: el de Carita.

Toni había sentido enormemente la separación de la muchacha. El tabernero tenía sus pretensiones respecto de la joven, y una tarde estuvo en casa de Drake a visitarla, en ocasión en que el ingeniero estaba ausente.

Llegó en son de paz regalándole un ramo de flores y un brazalete.

—¿Cuándo volverás conmigo, Carita?

—Ya te he dicho muchas veces que jamás volveré a tu lado...

—No lo digas muy alto. ¡Quién sabe!

Y marchó otra vez a su establecimiento que le parecía lleno de tristeza y soledad.

Cuando poco después regresó Drake de las obras del puente, encontró flores esparcidas en el comedor.

—Me gustan las flores en la casa y estas son muy bonitas — dijo.

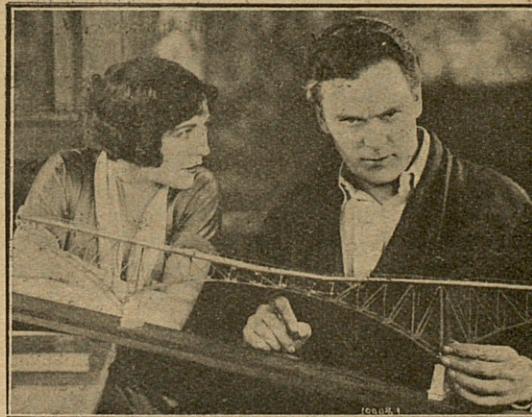
—Sí, Toni me las ha traído, y también me ha regalado este brazalete.

—¡Quítate esto inmediatamente! — protestó el ingeniero. — No me gusta. Y cuando veas a Toni dile que no venga mucho por aquí.

Comenzaba a sentir extraños celos, aunque él no

se había atrevido a confesar a Carita el amor que iba llenando su alma. ¿Por qué? ¿Le querría la muchacha cuando se enterase de que Drake era casado?

Una semana después, Toni encontró, leyendo el



—Me gustará mucho verte trabajar de nuevo.

periódico, una magnífica oportunidad de vengarse.

Se dirigió rápidamente a ver a Carita.

—Tengo una sorpresa para ti — le dijo. — Lee este periódico.

Carita cogió, extrañada, el diario y vió una fotografía de mujer bajo este epígrafe:

La señora Janet Stone, esposa del ingeniero Drake, que acaba de dar una interesante conferencia sobre la influencia de la mujer en la vida del hogar.

—¿Qué te parece? — dijo él, con ademán de triunfo. — Y tú viviendo tan tranquilamente con Drake!

Un dolor oculto arañó a Carita, pero quiso disimularlo.

—¡Conozco la historia desde hace mucho tiempo!

—¿Y tú sabes que es casado y permaneces con él?

—Ya ves que sí...

Toni salió enfurecido, viendo fracasado su propósito. Y cuando ella se vió sola, comenzó a llorar, desilusionada por la noticia, comprendiendo que Drake, hombre casado, no podría labrar nunca su felicidad.

Estuvo unas horas pensando en lo que debía hacer hasta que tomó la determinación de volver a la taberna. Cualquier día Drake marcharía con su esposa y Carita no podía resistir entonces su pesadumbre.

Y volvió al establecimiento aquella misma noche.

—Haces muy feliz a Toni regresando aquí — dijo él en el colmo del entusiasmo.

Pero ella, sintiendo en su conciencia una voz acusadora, comenzó su servicio de camarera, con nostalgia soñando en la dicha que acababa de perder.

—¿Por qué dejaste a Drake, Carita? — le preguntó Toni.

—Pues, porque... los ingenieros son muy insípidos — respondió amargamente.

Aquella noche, Carita dijo a todos los hombres que ya podían irse al infierno. Los odiaba, no quería bromas con ningún parroquiano.

Cuando Drake regresó a su casa, le extrañó enormemente la ausencia de Carita, pero un recorte de periódico caído en el suelo le hizo ver la amarga

realidad. ¡Ah, Carita le había abandonado al enterarse de la situación verdadera del ingeniero!

Ahora que estaba ausente, comprendía que no podía vivir sin ella. Iría a buscarla, a arrancarla de donde fuese.

Sospechando donde estaba, se dirigió a la taberna y, efectivamente, la encontró. Ella quiso manifestar una cierta indiferencia al verle, pero la tristeza no dejaba de reflejarse en sus palabras.

—¿Por qué has regresado a casa de Toni?

—Ya sabe usted el motivo. Aquella noticia...

—¡Oh, Carita! Yo deseo confesártelo todo. Mi mujer no me interesa. Viviré siempre separado de ella, quiero estar contigo porque te necesito.

Un rayo de esperanza iluminó a la joven. Estas palabras del ingeniero le hicieron olvidar rápidamente sus celos. Estaba dispuesta a volver con él. ¡Le quería tanto!

—Usted no la quiere tanto como me quiere a mí, ¿verdad? — le preguntó.

—No vamos a hablar de ella ahora, ni nunca — dijo él—. Quiero que vengas a mi casa, porque te amo — le dijo en voz baja.

—¿Y su mujer?

—Me divorciaré de ella, tú serás mi única dueña y señora...

—De veras, de veras?

Una inmensa felicidad se apoderó del alma de Carita. Fué al mostrador y le dijo a Toni que estaba enfurecido por la presencia del ingeniero:

—¡Me voy con él, Toni; no puedo vivir sin su compañía!

En vano suplicó el tabernero, Toni no era malo, no quería contradecir la voluntad de la camarera. Pero que lo pensase bien: las mujeres humildes

no han nacido para casarse con los señores. ¡Se arrepentiría siempre si se marchaba!

Ya lo tenía pensado la jovencita. Se iría con Drake.

Y poco después, sin que Toni les importunara, limitándose a manifestar con un gesto agrio su disgusto, la pareja abandonaba la taberna.

Regresaron a casa y ya en ella Drake besó a la suave y bondadosa muchacha, prometiéndole pedir inmediatamente el divorcio con Janet y casarse luego con Carita.

•

Allá en Nueva York, Janet seguía todavía luchando para hacerse célebre.

Su actuación política era brillante, pero algunos adversarios mordían en su vida particular, perjudicando su crédito, tirándole en cara el vivir separada del ingeniero.

No había vuelto a acordarse más de su marido, preocupada con sus actividades políticas.

Un día, el doctor MacColl, que la visitaba de vez en cuando, le dijo:

—El separarse de su marido no le hizo ningún favor. La cosa más importante para la vida de una mujer es alejarse siempre de todo escándalo.

—No hubo otro remedio. Fué él quien se marchó.

—Pero usted tuvo la culpa. Lo mejor que puede usted hacer, es reconciliarse con su marido. Usted le necesita aunque solamente sea para que le sirva de apoyo moral.

—¡Oh, no puede ser, él me rechazaría ahora! ¡Es tan orgulloso!

—Para la felicidad de ustedes dos, es necesario que vaya a reunirse con él. Créame...

La señora Stone, convencida de que su reconciliación con su marido le traería indiscutibles ven-



—Quiero que vengas a mi casa...

tajas, siendo una de ellas la de acallar las lenguas mordaces que se cebaban en el escándalo, accedió a ir a reunirse con su esposo. Y un buen día, sin que el ingeniero estuviese enterado, marchó a la América del Sur, al lugar donde Drake estaba fina-

lizando ya los trabajos de construcción del puente sobre un río.

El doctor MacColl le acompañó en su viaje. Descendieron de su automóvil y entraron en la taberna preguntando por el señor Drake.

Toni les dió la dirección de la casa que habitaba.

—No debe estar allí — advirtió el tabernero—. Mejor lo encontrarán arriba, en las obras.

—Perfectamente — dijo el doctor—. Usted, señora, vaya a su casa a esperarle mientras yo le voy a buscar al puente.

—Señorita, ¿usted conoce al señor Drake? — preguntó Toni.

—Sí, soy su esposa.

—Entonces es preferible que no vaya a su casa. Podría encontrarse con Carita, una chica muy mala.

Al escuchar estas palabras, Janet quiso ir inmediatamente al hogar de su marido para enterarse de quién era la desconocida. El doctor la recomendó gran prudencia mientras él iba a hablar con Drake.

Janet fué a la casa. Carita miró, extrañada, a esta elegante señora que preguntaba por el ingeniero. Pero pronto la reconoció. Era la misma del retrato. Oh, ¿qué venía a hacer allí?

—Supongo que es usted la Carita de que me habló Toni — le dijo la dama.

—Sí...

—Pues yo soy la señora Drake. Ya veo que ha cuidado usted muy bien a mi marido — dijo, mirando los ramos de flores y el exquisito cuidado que reinaba en la rústica casa.

—Señora...

—Tal vez mejor cuidado de lo que yo pude adivinar. Se ha portado usted tan bien, que estoy se-

gura de que no tendrá inconveniente en arreglar su equipaje. Me llevo a mi marido, naturalmente.

—¡Usted! ¡Marcharse con él!

—Naturalmente, señorita...

—¡Oh, no puede ser, no puede ser!

Y rompió a llorar mientras Janet, con una sonrisa en que palpitaban la burla y los celos, abandonó la casa, en dirección al puente, pues deseaba hablar cuanto antes con su marido.

No le daba cuidado esta criadita sentimental que el ingeniero olvidaría pronto en el bullicio de la vida de Nueva York. Porque era necesario que Drake se marchase con su mujer.

También Carita, enloquecida de pena por las palabras de la esposa de Drake, corrió veloz hacia las obras.

El ingeniero estaba hablando, en tanto, con su amigo, el doctor, que había tenido que esperarle un rato; pues Drake estaba ausente.

—Janet está aquí — le anunció MacColl.

—¿Ella ha venido aquí? — respondió, entusiasmado, Drake—. Esto es maravilloso; precisamente yo había decidido ir a reunirme con ella.

Poco después llegaba Janet, quien iniciaba ante su esposo una sonrisa de perdón. No es que le amara; le convenía tenerle contento para satisfacer su ambición.

El médico les dejó solos.

—¿Te sorprende verme? — dijo Janet, con voz tranquila—. El doctor pensó que ya habíamos estado separados bastante tiempo y me decidí a venir a buscarme.

—Me alegro mucho de que hayas venido, Janet, pero mucho — dijo él.

Carita acababa de llegar y escuchaba, escondida,

tras de un árbol, aquella conversación. Las palabras del ingeniero se le clavaban punzantes como dardos envenenados.

—Estaba deseoso de verte — dijo Drake—. Ahora sí que me harás feliz, siquieres.

Unas lágrimas brillaron en los ojos de Carita. ¡Y aquel hombre que hablaba de su dicha ante Janet, era el mismo que cada día le había jurado amor! ¡Qué desilución, qué amargura tan grande! Y, criatura ingenua, que había amado al ingeniero con toda la fiebre de su corazón, huyó veloz, sin querer escuchar más, como una loca, con una idea fija que le mordía las sienes...

—Yo también te he añorado mucho, Drake — dijo ella—. Creo que te necesito.

—Repite que me alegro de que hayas venido, Janet. Yo había querido ir a verte para pedirte mi libertad.

—¿Qué dices? ¿Tu libertad?

Y la esposa le miró con las pupilas inyectadas de odio.

—Sí, mi libertad... Hablo en serio. ¡Quiero ser libre! Mi trabajo y mi felicidad están aquí. Deseo entablar inmediatamente demando de divorcio.

Una cólera feroz se dibujó en el rostro de Janet. Inmediatamente vió en sombras a la linda Carita.

—Vamos, ¿estás seguro de que es el trabajo y no la persona que he visto en tu casa...?

—Lo adivinas. De todo hay. En ella encontré la mujer de hogar, la que se cuidó de mí, cosa que tú no hiciste nunca, pero... ¿qué significa ésto?

Ellos estaban abajo y allá, sobre el puente, una mujer se inclinaba hacia el abismo. Era Carita que interpretando erróneamente las frases de su amigo, se disponía a arrojarse para morir.

Fué un instante, un supremo momento de dolor. Drake hizo un gesto trágico, de angustia. ¡Todo inútil!

En lo alto una mujer de mirada extrañada ya por la idea del suicidio, se arrojaba del puente hacia el inmenso río...

—¡Carita! ¡Carita! — gimió el ingeniero, rechazando a su esposa que pretendía contenerle.

Acudió corriendo al agua; otros trabajadores se arrojaron, pero no pudieron encontrar ya más que el cadáver de la desgraciada muñequita de amor.

¡Acababa de sacrificarse, acababa de morir por el ingeniero!

—¡Mi pobre Carita... mi amada!

Y Drake, con lágrimas en los ojos, besó aquella carne mojada en la que la muerte acababa de poner sus dedos de cristal...

Allá cerca, Janet tenía una sonrisa triste... ¡Carita había muerto! ¡Tal vez esto significase el poder recuperar a su marido...! Ella tenía que triunfar, que presentarse con toda dignidad ante la opinión del país.

Drake, ajeno a todo, sufría gran dolor, tan grande como cuando murió su pequeño Billy con una muerte parecida.

**

Pasó el tiempo y Drake se separó definitivamente de la ambiciosa Janet para vivir ya sólo por los recuerdos amados.

El puente se terminó y cerca de él, Drake hizo levantar una pequeña iglesia, en memoria de la pobreza que se dió muerte por creer que el ingeniero la abandonaba.

Drake había sido solicitado desde muchos países para obras de gran importancia. El trabajo era lo único que le hacía soportable la existencia.

Pero a veces veía aún sobre su mesa de labor las sombras del pequeño Billy y de Carita, la mujer que fué en su vida la ilusión que pasa... para no volver...

F I N

Próximo número:

**LA REINA DE
LA MODA**

**25
CTS.**

por ESTHER RALSTON



La novela PARAMOUNT
sale todos los martes

Lea usted
Hotel Imperial por
Pola Negri

